

dos unos á otros con cadenas, de ahí que se llame á este primer encuentro la «batalla de las cadenas» (1). El mismo Hormisdas pereció, según se dice, á manos de Jalid, y rica presa fué el premio de la victoria. Entonces se vió por primera vez una de aquellas ricas diademas que acostumbraban á usar los grandes de Persia, adornadas de hileras de piedras preciosas, de cuyas alhajas solo algun fragmento habia llegado de vez en cuando al interior de la Arabia como objeto raro y de inapreciable valor. Desde luego se reservó aquella diadema para el erario (2), siendo enviado tambien á Medina un elefante apresado, que causó gran admiración entre sus habitantes, que no conocían semejante especie de animales, tanto que algunas mujeres de mediana inteligencia llegaron á dudar seriamente si era aquello una criatura de Dios ó un artificio humano. Los hombres que estaban en campaña pronto se acostumbraron á ver cosas mayores.

Después de la «batalla de las cadenas» pasó todo el ejército atrevidamente el Eufrates, devastando toda la parte Sur del territorio entre los dos ríos, matando en todas partes á los hombres y llevándose á las mujeres y á los niños, es decir, se dió muerte á los allegados de los grandes propietarios persas, á los funcionarios públicos y soldados de policía; en cuanto á los pacíficos campesinos, en su mayor parte arameos, es decir, de origen semítico, se les dejó por de pronto tranquilamente en sus tierras. Jalid era bastante avisado para no matar en el acto á la gallina por causa de los huevos de oro; cuidóse con mucho arte, como se explicará en su lugar oportuno, de que no engordara demasiado. Así se iba penetrando en el país, yendo siempre delante Mothanna con sus bekritas, que le conocían mejor que nadie. En Mazar tropezó de improviso con otro nuevo cuerpo de ejército, que ya á la primera noticia del rompimiento de las hostilidades por los árabes habia salido de la capital, á las órdenes de un general de la casa de los Kares, uno de los mas nobles y poderosos linajes de los persas, para castigar á los descarados invasores y que habia recogido en el camino á los fugitivos de la «batalla de las cadenas.» Jalid llegó con el grueso del ejército justamente á tiempo de salvar á su lugarteniente y convertir en victoria la derrota que ya amenazaba. Pero entretanto, órdenes del rey habian hecho acudir nuevas tropas á Babilonia; acudieron tambien fuertes divisiones de los árabes cristianos que obedecían al gobernador de Hira, como tambien de los mismos beduinos que tenían sus tiendas en el territorio de entre ambos ríos, encontrándose igualmente entre ellos bekritas de Wail, á los que llevaba al campo su enemiga contra el Islam y acaso, además, el recuerdo de antiguas guerras de tribu (3) contra su compatriota Mothanna. Vinose de nuevo á la batalla junto á Waladscha, en la proximidad del gran brazo de comunicacion del Eufrates y del Tigris que corta de Norte á Sur, casi por el centro, á Babilonia. Los relatos árabes atri-

(1) Al revés de los franceses, que acostumbran á referirse á ciertos hechos históricos citando la fecha en que se realizaron (18 Brumario, 2 de diciembre, etc.), los árabes acostumbran á servirse de incidentes característicos ó de sucesos para designar fechas históricamente importantes (véase «la batalla de Halima»). Mas adelante hallaremos muchas citas por el estilo.

(2) Al erario se le entregaba, tanto antes como después, la quinta parte del botín, como lo habia ordenado Mahoma.

(3) Dividiéndose, como es natural, las grandes tribus en pequeños grupos, y dada la tendencia á fraccionar del particularismo árabe, no son extrañas guerras intestinas entre subtribus de origen comun; véase la guerra descrita entre los Abs y Zobyán, ambos pertenecientes á los Gatafan. Los bekritas, después de terminada la guerra de los 40 años, se habian retirado poco á poco hácia el Norte y enviado fuertes destacamentos al través del Eufrates hácia la Mesopotamia, donde fueron recibidos en la liga de los beduinos que tenían sus tiendas al amparo de Persia.

buyen tambien aquí la victoria á Jalid, no diré si con razon ó sin ella (4). Pero aun en el caso de una completa derrota del enemigo no le habria sido posible continuar su marcha hácia adelante, porque en su flanco izquierdo se empezaba á condensar una nube cuya descarga podia fácilmente serle ruinosa.

Ya sabemos que precisamente para asegurar dicho flanco, que con facilidad podia ser puesto en peligro desde Hira, se habia enviado á Iyad, desde el centro de la Arabia septentrional, para hacer una diversion. Ahora bien: entre él é Hira se encontraba el desierto, cuyos oasis estaban ocupados desde muy antiguo por los cristianos Benu Kelb. Los que de ellos moraban en Dumat-el-Schandal se habian adherido exteriormente al Islam (año 9630) después de la conversion forzada de su rey Ukeidir, pero sacudieron el yugo, así como sus paisanos paganos, á la muerte de Mahoma. Cuando después del mal éxito de la rebelion árabe parecia tambien grave su situacion, se fueron corriendo los kelbitas con Ukeidir hácia el Norte en direccion al Eufrates; allí se les juntaron partidas de las tribus tambien cristianas de los Bahrá y de los Tenuch, que moraban en la orilla septentrional del desierto sirio y en la Mesopotamia bajo la dominacion gasanida, y por último tambien hasta algunas tropas gasanidas. En la Siria nadie sospechaba que aun allí llegaria la invasion de los musulimes en el año venidero; pero se juzgó conveniente, en consideracion á los movimientos cada vez mayores en el Norte de la península, auxiliar á los correligionarios que se iban retirando ante el avance de Iyad. Sin duda este los perseguia, primero, para desembarazar sus flancos y caer después desde el Norte sobre Hira; pero no debió conseguir su objeto tal vez á causa de la superioridad numérica del enemigo en el terreno difícil del desierto, á lo menos le vemos todavia en Radschab 12 (octubre 633) detenido en Dumat-el-Hira (5), poblacion situada muy al Noroeste de Hira. Así las fuerzas del gobierno de Hira quedaban disponibles para los persas, pudiendo de esta suerte enviar desde allí nuevas masas de árabes hácia el Sur. En el lugar Olleis junto al Eufrates se reunieron estos con tropas reales de refresco que procedían de la capital y con los restos del ejército de Waladscha, encontrándose en el mes de Safar 12 (mayo 633) en la orilla derecha del Eufrates, bastante á la espalda de Jalid, que entretanto seguia merodeando en la orilla izquierda. Pero á la primera noticia Jalid vió la gravedad del peligro; rápidamente hizo un cuarto de conversion, repasó el Eufrates y atacó al enemigo, que todavia se encontraba en Olleis. La lucha fué dura, y el éxito muy dudoso durante largo tiempo, de modo que Jalid juró á su Dios que si le concedía la victoria, el río (6) llevaria sangre en vez de agua. La batalla fué ganada. Mandó entonces Jalid coger á los fugitivos, cortar las aguas del riachuelo y degollar á centenares los prisioneros. Naturalmente la sangre se coaguló y fué menester por último dar de nuevo curso á las aguas para cumplir en cierto modo el juramento; de ahí que aquella corriente conservara el nombre de *rio de sangre*.

El camino de Hira estaba ya libre; al principio por tierra y luego en botes por los canales que conducian hasta la ciudad, llegó el ejército frente á la antigua capital de los lahmidas, y delante de Jawarnak, castillo de estos, quedó estable-

(4) El movimiento de retirada que siguió á la batalla podria explicarse, aun en el caso de una victoria, por la concentracion que en el ínterin se habia hecho de tropas enemigas en el flanco de Jalid; pero de todos modos llama la atencion que no se diga nada del botín hecho.

(5) No debe confundirse con Dumat-el-Schandal, como se ha hecho desde muy antiguo, con perjuicio de la inteligencia de esta campaña.

(6) Seguramente uno de los canales que junto al Eufrates cruzaban el país en todas direcciones.

cido el campamento. La ciudad estaba fortificada y su guarnicion hubiera podido sostenerse durante algun tiempo; pero el gobernador persa habia huido y los cristianos arameos, que componian la mayoría de los habitantes, se decidieron á capitular después de corta resistencia. No quisieron renegar de su fe, y así les fué impuesto el tributo que los «poseedores de la Escritura» debían pagar como precio de la tolerancia. En el curso del verano tomó tambien Jalid las otras dos fortalezas que los persas ocupaban todavia al Oeste del Eufrates, Ambar, junto al mismo río, y Ain Tamr, «fuente de dátiles», en la linde Nordeste del desierto sirio. Llama la atencion que ni en este caso ni en el de la ocupacion de Hira veamos tentativa alguna por parte de los persas para atacar desde Ctesifonte. Tal vez nuevos disturbios paralizaran las fuerzas del gobierno ó tal vez se consideró necesario sacar mayores masas de tropas de las provincias centrales, y esto exigiria tanto mas tiempo cuanto que los grandes vasallos del interior del reino difícilmente estarían propicios para seguir al ejército. Además, desde la batalla de Olleis quedaba alejado el peligro inmediato para la capital, pues que Jalid juzgó entonces mas conveniente someter primero todo el territorio al Oeste del Eufrates antes de aventurarse de nuevo entre ambos ríos, y al rey de Persia le daba poco cuidado dejar abandonada temporalmente la provincia limitrofe cristiana mientras razones poderosas lo aconsejaban. Por eso capituló la guarnicion persa de Ambar espontáneamente con la condicion de salir en libertad, condicion á la cual Jalid accedió gustoso; en cambio el destacamento de los Benu Taglib, que ocupaba á Ain Tamr y se componia casualmente de partidarios de la profetisa Sadschah, se negó á entregarse; pero fueron reducidos por el hambre, y cuando en definitiva fué tomada la fortaleza se degolló á la guarnicion.

Por aquel tiempo (entre el verano y el otoño de 633 = 12) debió tambien verificarse la dominacion de las huestes de los kelbitas y de sus aliados, reunidos en Dumat-el-Hira. Por lo que se puede deducir de datos circunstanciales, se debe buscar este lugar en el Noroeste de Hira, siéndonos desconocidos otros detalles de su situacion. No podemos, por lo mismo, saber si la tradicion está en lo cierto cuando refiere la expedicion de Jalid á dicho punto solo después de la toma de Ain Tamr: deberíamos entonces suponer que los kelbitas habian logrado atraer á Iyad muy lejos hácia el Norte. Si esto es inexacto y se debe, por lo tanto, situar á Duma mas cerca de Hira, entonces tambien debió tener efecto su suision antes de la toma de Ambar y Ain Tamr. En todo caso, Iyad no debió de haber adelantado mucho en sus operaciones contra los kelbitas en el verano de 633 (12), y se encontraba, á pesar del refuerzo que en el ínterin habia recibido á las órdenes de El-Walid Ibn Okba, en situacion bastante grave cuando Jalid, al saberlo, marchó allí precisamente en tiempo oportuno. Los enemigos, atacados simultáneamente por dos lados, sufrieron una decisiva derrota; Ukeidir cayó por segunda vez en manos de los musulimes y fué condenado á muerte como desertor. Tambien en la misma poblacion, que fué tomada á la fuerza, «la espada de Dios» se manifestó furiosa como de costumbre; los kelbitas que estaban fuera pudieron conseguir una capitulacion que les salvó la vida.

La faja de tierra entre la corriente y el desierto quedaba así en poder de los musulimes. Cierta que se reprodujeron algunas tentativas de los beduinos cristianos, que estaban á ambos lados del Eufrates central, para vengar la carnicería de Ain Tamr; pero varias partidas volantes de Jalid que aparecian ora acá, ora acullá y en todas partes hacían ejemplar justicia, los intimidaron poco á poco. Podían, pues, los musulimes salir de Hira y repasar el Eufrates. Los débiles desta-

camentos persas que momentáneamente ocupaban el terreno situado entre ambos ríos, no podían ofrecerles seria resistencia; y hasta cuando las avanzadas de los bizantinos en el Eufrates central se unieron á los antiguos enemigos para poner término de una vez al desorden cada dia mas amenazador en la frontera comun, un reñido encuentro en El-Firad vino á demostrar que los creyentes eran tambien capaces de derrotar á bizantinos y persas reunidos. De esta suerte dominaba Jalid á fines del año 12 (principios de 634) en ambas orillas del Eufrates y podia á cada momento presentarse en tres dias delante de Ctesifonte desde el punto del río en que se le acerca el Tigris á unas diez millas alemanas de distancia. Pero esto lo prohibió el califa, el cual acababa de poner en movimiento desde Medina tres columnas de tropas que llevaban la mision de conquistar la Palestina y la Siria, y antes de estar seguro de que estas tropas se hallaban á la altura de su cometido, como las de Jalid y Mothanna lo estaban á la del suyo, no juzgó conveniente poner á los dos cuerpos principales de los combatientes islamitas fuera de toda posibilidad de auxiliarse mutuamente. Jalid no procuró ocultar su disgusto por la sujecion que se le imponia, pero los sucesos posteriores justificaron la prevision de Abu Bekr. Después de los primeros triunfos, se contuvo el avance de los cuerpos de ejército musulimes de la Siria; sus jefes se vieron obligados á pedir refuerzos y Jalid recibió orden, á principios de Rabí I, 13 (mayo de 634), de marchar allí á toda prisa con 3,000 jinetes. Aunque le enfureció esta orden, que atribuyó á mala voluntad de Omar y al deseo de privarle de los frutos de su victoria, no tuvo mas remedio que obedecer; púsose en camino después de hacer entrega á Mothanna del mando de las tropas que dejaba tras sí, el cual por de pronto conservó su cuartel general en Hira.

Entretanto en Ctesifonte se habia tenido tiempo otra vez de reunir medios para ocuparse en arrojar á los musulimes de sus amenazadoras posiciones. La noticia de la marcha del temido Jalid con una parte considerable de su ejército, debia infundir á los persas nuevos bríos, y así se puso en marcha contra Hira un ejército á las órdenes de otro general llamado tambien Hormisdas. Pero Mothanna, habiendo tenido oportuno aviso del avance del enemigo, marchó á su encuentro y lo derrotó junto á las ruinas de Babilonia (13 = 634), después de reñido combate, en el cual el héroe árabe mató con su propia mano un terrible elefante de guerra. Esta victoria, sin embargo, no le ocultó lo peligroso de su situacion, teniendo que cubrir con insuficientes fuerzas una faja de terreno de cerca de 60 millas de longitud. Trasladóse en persona á Medina para pedir por sí mismo al califa los necesarios refuerzos, y halló á Abu Bekr en el lecho de muerte; pero Omar, que habia empuñado ya las riendas del Estado, se apresuró á satisfacer los deseos del experimentado general. Contento con la promesa de refuerzos Mothanna regresó á Hira; mas como era natural, transcurrió bastante tiempo hasta que se realizó el nuevo reclutamiento, y así cuando Abu Obeid, nombrado general, llegó á la frontera del Irak, encontró allí á Mothanna con sus tropas que habian tenido que abandonar apresuradamente la línea del Eufrates para evitar el peligro de total destruccion.

En medio de la oscuridad y de la confusion que por todos lados nos impiden apreciar debidamente los sucesos y circunstancias de la última época de los Sasanidas, se destaca en este instante poco á poco una figura que, á lo menos en sus principales contornos, podemos distinguir mas claramente. Nos referimos á Rustan, hijo de Ferruh-Hormisdas, ispehbed (1) de la gran provincia oriental del Corasan. El

(1) *Ispehbed* es la pronunciacion posterior de la palabra *Sphh-pat*.

padre había estado complicado en las contiendas de sucesión al trono de los últimos años, y había sido asesinado en ellas; para vengarlo dicen que el hijo marchó con poderoso ejército contra la capital, depuso á la reina á la sazón reinante y ayudó á asegurar la soberanía á Isdegerdes (acaso á principios de 633), á quien ya los sublevados habían proclamado rey en Istahar (Persépolis). De todos modos aparece desde entonces Rustan como árbitro de la dirección del reino y de la defensa contra los árabes, naturalmente en cuanto lo permitían las circunstancias de una corte minada en todas direcciones por intrigas y enemistades personales. Rustan hizo en la tierra de entre ambos ríos un llamamiento á los hombres útiles para las armas, mientras que, al propio tiempo, se enviaban allí dos cuerpos de tropas reales. Uno de ellos avanzó, á las órdenes de Schaban, atravesando el Eufrates, sobre Hira, y el otro, mandado por Narsé, tomó posiciones en los campos de Kaskar (1). Mothanna replegó prudentemente sus avanzadas y emprendió la retirada hasta encontrarse con Abu Obeid. En el límite del desierto se reunieron ambos ejércitos, de cuyo mando en jefe, según disposición de Omar, se encargó entonces Abu Obeid. Mejor habría sido dejárselo á Mothanna; pero el bekríta no era precisamente un beduino muy devoto del Corán, ya que solo había abrazado el Islam después de la muerte de Mahoma (2), y por eso tal vez Omar no quiso imponerle á las tropas como jefe. Abu Obeid era hombre valiente y derrotó primero á Schaban en las cercanías de Hira, persiguió á los fugitivos que se retiraban hacia el ejército de Narsé y acabó de derrotar por completo también á este, que se encontraba todavía en Kaskar. Pero parece que Rustan había podido reunir entonces las fuerzas de varias provincias del gran reino, y poco después de estos combates marchaba ya otro poderoso ejército directamente desde Ctesifonte sobre Hira. Los musulmes debieron repasar á toda prisa el Eufrates desde la posición que habían tomado dirigiéndose al interior del Sur, y junto al lugar Kos-en-Natif (cerca de las ruinas de Babilonia), donde la gran carretera real de Ctesifonte á Hira cruzaba la corriente por medio de un puente de barcas, acamparon en la orilla occidental cuando se presentó en la opuesta el general persa Bahman (Ramadan 13, noviembre 634). Este, que conocía lo arrebatao del arroyo de sus contrarios, dejó con aparente generosidad á Abu Obeid la elección de si habían de pelear en la orilla izquierda ó en la derecha del río, y el impetuoso árabe cayó en la celada. Contra el consejo de los más prudentes que le rodeaban, pasó el puente para dar la batalla con la espalda vuelta al río. Pero al otro lado se mantuvieron firmes los persas; Abu Obeid no encontró espacio para desplegar sus tropas, y cuando con loca temeridad se arrojó sobre el escuadrón de

«señor del ejército», con la cual se designa la suprema dignidad militar del reino de los Sasanidas, y que correspondiendo en cierto modo á nuestro «marqués» se aplica también á los grandes vasallos ó sátrapas, que acostumbraban á administrar con bastante independencia las provincias más lejanas.

(1) En la Babilonia meridional, en las cercanías de Waladscha. El objeto de la división de las fuerzas era seguramente el de que Schaban diera el ataque principal contra Hira, mientras que Narsé cubría la Babilonia meridional contra toda diversion que intentaran los musulmes. La prudente retirada de Mothanna hizo malograr el plan, cuya ejecución acaso se realizó también demasiado lentamente.

(2) Ciertamente que en aquellas guerras no se exigía todavía á nadie mucha corrección de conceptos religiosos, pero por lo general se negaban las tropas á servir á las órdenes de hombres procedentes de tribus extrañas que no tenían derecho alguno para contarse entre los «compañeros del Profeta». Era este un título que todos podían acatar sin propio menoscabo; pero obedecer á un beduino que había venido sin saber cómo de un rincón cualquiera de la Arabia, era cosa á que no se doblegaban fácilmente más que los individuos de su propia tribu.

elefantes de Bahman, que le cerraba el camino, fué cogido y pisoteado por uno de aquellos poderosos animales. La muerte del caudillo causó en las tropas un efecto desastroso; además, un compañero de tribu de Abu Obeid, para excitar su valor hasta la desesperación, tuvo la desgraciada ocurrencia de cortar la comunicación entre la orilla y el puente, de modo que este empezó á ser llevado por la corriente. Entonces se apoderó de los musulmes un verdadero pánico: á tropes se precipitaron en el río, y seguramente habría sido arrojado todo el ejército al Eufrates si Mothanna con sus bekrítas no se hubiese lanzado con desprecio de la vida contra los persas y sostenido la batalla á lo menos hasta que el puente fué asegurado nuevamente, y aun entonces, á pesar de una grave herida ocasionada por enemiga lanza, cubrió la retirada.

Si bien se libró el ejército de una completa destrucción, dejó en la «batalla del puente» cuatro mil hombres en el campo y en las aguas del Eufrates, y dicese que otros dos mil en su pánico, no pararon en la fuga hasta Medina. La población les avergonzó mucho, pero Omar fué bastante prudente para tratar á los fugitivos con benignidad. Los medineses habrían debido reconocer, á lo menos, que hombres como aquellos no hacían mucha falta á Mothanna. Este, sin embargo, supo salir de su difícil situación aun antes de que los fugitivos volvieran al Irak con el nuevo refuerzo que Omar con la mayor energía había reunido en el acto. Ciertamente que tuvo la suerte de que Bahman no llevara más adelante su victoria, llamado, según se dice, á la capital por la noticia de nuevos disturbios en Ctesifonte; pero él mismo hizo por su parte todo lo que pudo para cubrir las bajas de su pequeño ejército. Muy arriba del Eufrates, ya en la frontera bizantina, tenía sus tiendas la tribu árabe de los Benu Namir, y Mothanna logró que se adhiera al ejército musulmán á pesar de que profesaba el cristianismo. Así quedó asegurado de nuevo el territorio al Oeste del río, y cuando llegaron los grandes refuerzos de Medina, teniendo el mando superior, que Omar le había confiado entonces, pudo ya hacer frente al enemigo con toda confianza. Este avanzaba de nuevo (14 = 635): sin duda los grandes de Ctesifonte habían cesado temporalmente en sus discordias, y un descendiente de los Mihran, uno de los siete principales linajes de la Persia, pasó el Eufrates con 12,000 hombres. Mothanna permaneció tranquilo detrás de uno de los canales occidentales del Eufrates, en Boweib, en las cercanías de Hira, y dejó esta vez que los persas tomaran la iniciativa. Parece que Mihran no supo nada de los refuerzos que habían recibido los musulmes y que solo creía tener que luchar con los débiles restos de la «batalla del puente», por lo cual cometió la misma falta que Abu Obeid, pasó el canal á la vista del ejército enemigo, que le aguardaba al otro lado, y le atacó. Los persas pelearon esta vez con singular arrojo; sin embargo, la victoria se inclinó del lado de los creyentes, debido en gran parte al valeroso comportamiento de los Namir. Para completar la derrota del enemigo envió Mothanna una pequeña fuerza á destruir los puentes de su retaguardia. Esto estuvo á punto de serle fatal: privados de retirada, los persas se arrojaron desesperadamente sobre sus acometedores y lograron otra vez dejar indeciso el resultado del combate. Mothanna tuvo que echarse en cara posteriormente las nuevas pérdidas que sufrieron entonces los musulmes; con todo, la batalla terminó con la completa destrucción del ejército enemigo, del que apenas nadie se salvó.

Tan sensible derrota demostró hasta la evidencia que con términos medios nada se podía lograr contra la inusitada tenacidad con que el atrevido pueblo árabe repetía incesantemente sus correrías, que ya en tiempos anteriores se ha-

bían reproducido con harta frecuencia. Por tanto, Rustan se decidió á hacer preparativos más extensos para reunir un ejército de irresistible superioridad que acabara con un solo golpe la molesta guerra de fronteras. Ya hemos indicado varias veces dada la situación del reino persa, semejante empresa estaba preñada de dificultades: así no debe extrañarnos que pasara más de un año antes de que se reunieran en la capital y sus alrededores los contingentes sacados de las varias provincias y en parte de las más lejanas. Los árabes sacaron gran provecho de este intervalo. Sus algaras corrían saqueando todo el territorio entre ambos ríos, incluso el delta del Eufrates y del Tigris, como unas 80 millas desde la punta del golfo Pérsico hacia el interior, ocupando una ciudad tras otra hasta el Tigris, más arriba de Ctesifonte; y al propio tiempo empezaban á asegurar militarmente para el porvenir el terreno conquistado, construyendo en el brazo principal de la corriente formada por el Eufrates y el Tigris reunidos, que se llama hoy el Schatt-el-Arab, la fortaleza Basra (1). La gran corriente es todavía allí navegable para buques de alto bordo, y la población llegó á ser, por lo mismo, centro del importante tráfico marítimo del reino islámico, especialmente desde que la edificación de Bagdad, en tiempo de los Abasidas, la convirtió en el puerto natural de la capital de los califas. Por de pronto debía construirse allí, donde ya los persas habían tenido un castillo y arsenal en la vecina Horeiba, un fuerte que protegiera á la Arabia y á la Babilonia meridional contra incursiones desde el Chusistan y de la tierra primitiva persa. La custodia de este puesto importante, que tenía 800 hombres de guarnición, fué confiada á Mogira Ibn Scho'oba.

Hacia mediados del año 15 (verano de 636) el siempre prudente y vigilante Mothanna envió aviso á Medina de que en los alrededores de Ctesifonte (ó Madain, como llaman los árabes á esta ciudad) se verificaban concentraciones de tropas de extraordinaria magnitud. El grande ejército de Rustan se iba completando gradualmente; ante sus avanzadas, que ya se dejaban ver entre el Eufrates y el Tigris, el prudente árabe replegó, según su costumbre, las suyas y se concentró en Hira, retrocediendo lentamente y aguardando, cubierto por el Eufrates, los refuerzos pedidos. Omar se decidió á emplear todas sus fuerzas; numerosas huestes de árabes meridionales, de los que ya se arriesgaba á servirse, se pusieron en marcha hacia el Irak; entre ellos había muchos descreídos que solo cediendo á la fuerza se habían sometido al Islam, pero que desde la época de la antigua dominación persa en el Yemen sabían que en Ctesifonte se ocultaban más tesoros que los que un beduino podía soñar. Con esto, personas como el antiguo capitán de bandoleros Amr Ibn Ma'adikárib y el atroz traidor El-Asch'ath Ibn Keis se entusiasmaron casi tanto como los piadosos compañeros del Profeta con la perspectiva del paraíso. Este refuerzo iba á las órdenes de uno de los más antiguos y fieles compañeros de Mahoma, Sa'ad Ibn Abí Wakkas, el cual al propio tiempo fué encargado del mando superior del ejército, porque de nuevo se suscitaron los reparos que ya antes se habían manifestado contra Mothanna. Abí Wakkas, después de haber fijado su cuartel general entre Hira y el desierto, donde recibió á Mothanna, que había seguido retrocediendo ante Rustan, permaneció allí por consejo del caudillo beduino para aguardar á los persas; el sagaz bekríta conocía la gravedad del peligro, y Sa'ad fué más prudente que Abu Obeid antes de la «batalla del puente». Hueste tras hueste se iban reuniendo al ejército los árabes que Omar dirigía de

todas partes sobre el Irak. Fué funesto para los persas que en 20 de agosto de 636 fuera destruido el ejército principal bizantino en la comarca oriental del Jordán y que, por lo mismo, quedaran disponibles para la guerra persa todos los nuevos contingentes que se reunían en la península. La guarnición de Basora, mandada por Mogira, recibió también orden de unirse á Sa'ad, y dióse aviso á Siria que inmediatamente que se tomara Damasco, cuya caída se esperaba de un momento á otro, se devolvieran al ejército del Irak los 3,000 hombres que este había enviado allí en el año 12 (634).

El buen consejo que Mothanna dió al nuevo general en jefe debía ser el último mérito que contrajera este gran capitán por la causa del Islam. Sus fuerzas se habían agotado por las penalidades inmensas de los cuatro años de guerra en que apenas había tenido momento de descanso, habiéndose debido encargar en todas ocasiones de los puestos más difíciles y de mayor responsabilidad; innumerables heridas, —la recibida en la «batalla del puente» no había llegado á curarse,—hicieron el resto. Murió antes de la batalla que estaba llamada á completar su obra. Sa'ad pagó á su memoria el homenaje de casarse con su viuda Selma, después de transcurrido el plazo legal, tal vez para granjearse la influencia que había tenido el difunto héroe sobre los beduinos, que le idolatraban; pero si él mostró de esta suerte que sabía reconocer debidamente los servicios prestados por Mothanna, en cambio otros no le hicieron justicia. La tradición, por respeto á los compañeros del Profeta, descuida la memoria del caudillo beduino hasta el punto de que nos parece vergonzoso tal descuido; solo la moderna investigación (2) ha hecho justicia al hombre cuyos méritos como capitán de guerra no ceden á los de Jalid, y cuya figura, además, está libre, según todo lo que sabemos, de la negra sombra que el salvajismo y la crueldad arrojan sobre el carácter de «la espada de Dios». No menos valeroso que prudente, ganó todas sus batallas, y cuando la imprevisión de otros amenazó con un desastre, salvó con un rápido ataque decisivo, y con exposición de su persona, al ejército de su ruina y cubrió la retirada. Después, aprovechando con empuje veloz como el rayo toda ventaja posible y esquivando al enemigo, superior en fuerzas, con acompañadas retiradas, consiguió durante tres largos años tener en jaque al poderío siempre inmenso, á pesar de las discordias intestinas, del gran imperio persa, con recursos á veces ridículamente insignificantes, hasta que la caída de la dominación bizantina en la Siria proporcionó al califa, pocos meses después, los medios de dar el golpe principal en otro teatro de la guerra. Toda la superficialidad de la exposición histórica musulmánica queda demostrada en que apenas sabe celebrar en semejante héroe más que el hecho de haber matado al gran elefante junto á las ruinas de Babilonia.

Ante el avance del grande ejército persa había debido Mothanna abandonar á Hira, después de cuya operación estableció Rustan su campamento en las cercanías de la ciudad junto á Kadesía. Allí estuvo durante cuatro meses cumplidos inactivo frente á los musulmes, que diariamente reforzaban sus filas con nuevos auxilios procedentes de la Arabia. Se refiere que el general persa solo dió comienzo á la campaña, con gran repugnancia, cuando las quejas de los habitantes del territorio de entre ambos ríos sobre las correrías que los beduinos sin obstáculo alguno hacían en todas direcciones

(2) Aprovecho gustoso la ocasión para citar aquí al célebre historiador inglés Sir William Muir, que con la clara y justa mirada que le distingue para aquilatar las cualidades de personajes históricos, ha sido el primero en poner en debido relieve los méritos de Mothanna. (*Annals of the Early Caliphate*. Londres, 1883, págs. 139 y 140.)

(1) Generalmente escrito *Basora*. *Balsora*, como escriben algunos, es absurdo.